

llares de embarcaciones, se taladran los montes, se cortan istmos, se unen continentes, se viaja con ferrocarril, se enlaza toda la redondez del globo con hilos telegráficos, y que todo sirve para los triunfos de Jesús; que á Jesús cede la razon rebelde, la fuerza brutal, la corrupcion de los corazones, el amor carnal, la guerra del hierro, de los sarcasmos, de las blasfemias, del cinismo, de la mentira, de la calumnia, de la envidia, de la audacia y de la disolucion: por eso abre sus lábios y dice: *Dios hizo alarde del poder de su brazo, deshizo las miras del corazon de los soberbios.*

Las expresadas palabras de María deben consolarnos en la tremenda prueba por la cual atraviesan hoy todas las naciones. Ciertamente, es inmenso el número de los que hoy afligen la religion de Jesucristo, poderosos los enemigos, y formidables los medios de que disponen para herir. ¿Mas, qué importa? ¿Creeríamos, acaso, que la maldad de los hombres pueda borrar los planes de la Providencia, ó que Jesucristo pueda ser vencido por el diablo? NÓ, mil veces nó; cualesquiera que sean los sucesos, el último resultado será siempre el mismo de hace diez y nueve siglos, ó sea: la victoria de Cristo y de su Religion.

Por lo tanto, entonemos, á imitacion de la Santísima Virgen, las alabanzas divinas. Si nuestros contrarios, ofuscados por el brillo de prosperidades momentáneas, se rien de nosotros, y nos califican de supersticiosos, dejémosles decir, consolándonos con recordar las épocas hechas famosas en las historias, en las cuales se han verificado maravillosamente las promesas del Señor. Así, pues, tengamos fé, la cual nos animará, aún en medio de las más espesas tinieblas, á esperar la luz de mejores días, de los cuales es precursora, aunque en lontananza, la naciente aurora. Acaso será preciso pasar todavía algunos años, tal vez deberán desarrollarse una larga série de sucesos; pero, tarde ó temprano, la Religion de Jesucristo cantará como María: *Dios hizo alarde del poder de su brazo, deshizo las miras del corazon de los soberbios.*

DISCURSO XXVII.

JUSTICIA Y MISERICORDIA DE DIOS.

Deposuit potentes de sede, et exaltavit humiles.
 Derribó del sόlio á los poderosos, y ensalzó á los humildes. (Luc. 1, 52.)

Luego que Moisés hubo pasado á pié enjuto el Mar Rojo acompañado de su pueblo, y hubo llegado con toda seguridad á la opuesta orilla, al ver sumergidos en aquellas aguas á los pertinaces perseguidores del pueblo Hebreo, dijo: Entonemos un himno al Señor, porque ha hecho brillar su gloria y grandeza, precipitando en el mar al caballo y al caballero. Como valiente campeon ha precipitado en las olas los carros de Faraon, á su ejército, y á sus conductores: todos quedan sepultados en los abismos, y se han hundido como una piedra hasta lo más profundo. El enemigo habia dicho: Iré trás ellos, y los alcanzaré; desenvainaré mi espada, y los matará mi mano: repartiré los despojos, y mi venganza quedará satisfecha. Empero el Señor sopló su espíritu, y el mar los anegó: hundiéronse como plomo en aguas impetuosas.

Un espectáculo semejante se presenta á la vista de María, con la diferencia, de que Moisés habla de los castigos impuestos tan solo á los de Egipto, y de los premios concedidos solo á los hijos de Israel, y la Virgen se refiere á los rayos descargados sobre todos los orgullosos que se sirven del poder para ofender á Dios, y de las gracias concedidas á todas las personas piadosas, que, conociendo su miseria, resignadas y pacientes, someten su voluntad á la divina. Así, pues, reuniendo en pocas palabras, tanto el castigo de los primeros, como la glorificacion de los segundos, dice: Dios derribó del sόlio á los poderosos y ensalzó á los humildes: *Deposuit potentes de sede, et exaltavit*

humiles. Ciertamente, comparadas con este arranque de la Virgen, nada son las más magníficas imágenes de los poetas y la expresión más elocuente de los oradores. Nadie ha podido reunir de tal suerte extremos tan opuestos entre sí; nadie ha sabido exponer con tanta brevedad y precisión la profunda caída de los soberbios y la sublime glorificación de los humildes. Meditemos un poco, hermanos míos, esta estrofa del *Magnificat*; y admirando la virtud con la cual María canta la justicia y la misericordia del Altísimo, supliquémosla que nos infunda un temor que nos arrepienta y salve: A. M.

No hay asunto de que traten con tanta frecuencia y energía las Escrituras, como de la justicia divina sobre los impíos. La pintan en el acto que sale por sus ojos un diluvio de fuego, y la rodea un Océano de llamas; la representan en los momentos en que la tierra se estremece á su vista hasta en sus cimientos. Unas veces la comparan á quien no hace caso de las lágrimas ni escucha los lamentos de los naufragos, que en deshecha tempestad levantan la voz para lograr socorro (1); otras al pastor, que sácia y engorda al buey para conducirlo al matadero (2); cuando á un remolino, que, soplando contra una nave, la abisma en un instante (3). Dicen que no cierra los ojos á las maldades humanas (4), y que con la espada desenvainada disipa todas las miras de los impíos, abismándoles en un piélago de desastres (5); que acumula sobre su cabeza todas las maldiciones, de suerte, que oyendo los pueblos un caso tal, tiemblan de espanto (6). Lo que dicen no se limita á solas palabras, puesto que á las palabras añaden las amenazas; y á las palabras y á las amenazas siguen ejemplos de terribles castigos.

Varias son, pues, las causas, por las cuales la justicia divina derriba del sólio á los poderosos, que, soberbios, usan del poder para erguir la frente con altivo atrevimiento contra el Cielo. Una de estas causas es la desenfrenada licencia de costumbres, que infecta de escándalos y vituperios los países, turba la paz de las familias, siembra el vicio en el hogar doméstico, desarraiga los gérmenes de la

- (1) PROV. I, 27.
- (2) JER. LI, 40.
- (3) ECCL. XVI, 21.
- (4) JOB. IX, 28.
- (5) ISAÍAS, XLII, 14.
- (6) DUNT. XXVIII, 15.

fecundidad y marchita la flor de la salud (1). Otra causa es la soberbia, que, pagada de sí misma para saciar á toda costa los propios apetitos, se rebela á toda sujeción, y se sustrae al soberano imperio de la divinidad (2). La causa tercera es el olvido de Dios, pues, gozando del sólio y del cetro, de la corona y de la púrpura, no dan gracias al Señor por los beneficios recibidos (3). La cuarta es la injusticia, que quebranta los más santos preceptos de equidad, condena con severo ademán y castiga con irrespetuosa rusticidad, sin escuchar las defensas de los infelices sentenciados y condenados (4). La quinta causa, por no hablar de las demás, es, la crueldad con que tratan al prójimo, como si no tuviese impresa sobre su alma la luz divina, ni se encerrase en su pecho un corazón que siente y ama, cuando la misericordia y la verdad deberían ser el apoyo del reino (5).

Por estos y otros motivos, la divina justicia derramó su ira en varias ocasiones, y lanzó sus rayos contra los impíos poderosos, derribándolos de sus tronos, despojándolos de sus grandezas, y castigándolos con los más tremendos azotes. Antíoco profanó el Templo, robó los tesoros del Santuario, mató á sacerdotes indefensos y á vírgenes humilladas, y juró guerra contra la nación santa; pero le alcanza la divina justicia, y entre agudos dolores en las entrañas y crueles amarguras de espíritu, acaba sus pésimos días con una muerte la más terrible. Baltasar, ébrio de vino, con los vasos sagrados y otros instrumentos de uso sagrado, come manjares profanos y bebe inmundos licores á despecho del Altísimo; pero le alcanza la divina justicia, y en aquella misma noche es asesinado por los suyos á traición. Holofernes tiene tan estrechamente sitiada la ciudad de Betulia, que los magnates del reino están á punto de parlamentar para la entrega de la plaza, y se alegra de la fácil victoria: faltan solamente pocas horas para que entre vencedor en la ciudad sometida; pero la divina justicia descarga el golpe sobre él: una mujer le corta la cabeza, y horriblemente desfigurado su rostro, y rendido por el sueño y la crápula, le precipita en los abismos con feroz rugido. Senaquerib, habiendo llegado cerca de los muros de Jerusalén con ochenta y cinco mil soldados, saqueado y destruido las cosechas, combatido y devastado el país, insulta la confianza que la ciudad sitiada pone en el

- (1) SAP. V, 24.
- (2) ECCL. X, 17.
- (3) REG. XV, 23.
- (4) ECCL. X, 8.
- (5) PROV. XX, 28.

Señor; pero la divina justicia se le muestra espantosa; y habiendo un ángel, en la noche, pasado al hilo de la espada á todo su ejército, sintiendo reinar el más profundo silencio en las mudas trincheras, viendo correr por todas partes torrentes de azufre, encontrando á sus guerreros, ó carbonizados ó bañados en su sangre, erizados sus cabellos, con atónita mirada y fuera de sí por el horror, se confesó vencido.

Estos hechos prueban evidentemente, que las amenazas intimadas á los poderosos soberbios se han realizado no pocas veces, y que Dios usó de su justicia para castigarles. Despoja el Señor á los reyes de su cingulo y ciñe sus costados con una cuerda, decía Job (1); hace desaparecer al príncipe como á una ampollita de aire, aseguraba Oseas (2); seca las raíces de las naciones orgullosas, destruye sus campos y los arruina desde sus fundamentos (3). Murió Saul, como se lee en el primer libro de los Paralipómenos, á causa de sus iniquidades, porque no guardó y quebrantó los mandamientos del Señor (4). Dios dijo á Salomon, como se lee en el tercer libro de los Reyes: porque cometistes tal pecado, no guardaste mi pacto, ni las órdenes que te di, rasgaré y dividiré tu reino y lo daré á uno de tus siervos (5). Te echarán de entre los hombres, anunció Daniel á Nabucodonosor, y habitarás con las bestias y fieras: heno comerás como el buey (6); lo cual se cumplió en ese monarca soberbio, hasta el punto de crecerle los cabellos como si fuesen alas de una águila, y las uñas como las de las aves de rapiña (7). ¿No bastan esos ejemplos para ver, que Dios castiga á los atrevidos que abusan del poder para ultrajar su ley? ¿No es este un motivo suficiente para concluir, que el brazo de la cólera divina pesa sobre los impíos, que, resistiendo con pertinacia á su voluntad, se abandonan á los vicios, prefiriendo la criatura al Criador?

No vayais á creer, hermanos míos, por haberos hablado hasta aquí de los tiempos antiguos, que no se han repetido igualmente en los nuestros aquellos terribles ejemplos de la justicia divina. Por no tomarme el inhumano placer de reseñar las presentes calamidades,

(1) JOB. XII, 18.

(2) OSE. X, 7.

(3) ECCL. X, 18.

(4) I PAR. X, 13.

(5) III. REG. XI, 11.

(6) DAN. IV, 22.

(7) Id. ib. 30.

os recordaré tan solo de aquel gigante, que, precipitado de la cumbre de las pirámides, despues de haber hecho rodar á sus piés tantas coronas, quería ceñir en la propia frente la tiara de los Pontífices. Cargado de gloriosos laureles conquistados en los campos de batalla, subido al trono imperial por poder de dominio superior á todos, afortunado en las empresas de sus águilas imperiales, sojuzgada la tierra á sus indicaciones, aquel gigante cayó ignominiosamente, dejando cubierto de inmensa rapiña el suelo de la derrota.

Sin embargo, las expresadas palabras de María no se refieren tan solo al mundo visible, sinó tambien al mundo de los espíritus. Los Angeles, llenos de toda la natural beatitud que convenia á ellos, criaturas nobilísimas, debían además gozar de la beatitud sobrenatural, y la hubiesen gozado, correspondiendo voluntariamente á la gracia recibida. Lo mismo para ellos que para nosotros, el reino de la gloria debía ser fruto de mérito y de victoria; pero muchísimos se rebelaron contra la establecida condicion fundamental. Lucifér, el más bello de los ángeles, se rebeló; orgullosos por la excelencia de su naturaleza, muchos ángeles le siguieron en la misma malvada apostasia. El castigo no se hizo esperar por largo tiempo, puesto que Lucifér y los suyos, apénas hubieron enarbolado el estandarte de la rebelion, fueron precipitados en la horrenda profundidad de las cavernas infernales, desde lo alto de los tronos que les estaban preparados en el Cielo. Por consiguiente, la Virgen inmaculada pinta con esta sublime expresion la caída de Lucifér, el castigo de los espíritus cómplices de su rebelion, y la profundidad del abismo en que fueron precipitados aquellos que hubieran podido asistir al sόlio del Altísimo: *Derribó del sόlio á los poderosos*; del mismo modo que con estas palabras pintó el fin desgraciado de los soberbios de la tierra.

No acaba aquí todo. Si la voz de María celebra la justicia, celebra igualmente la misericordia del Señor. En el mismo versículo del *Magnificat*, donde dice con sublime expresion, que Dios en su justicia derribó del sόlio á los poderosos, añade, que ensalzó á los humildes. Así, pues, permitidme, hermanos míos, que os diga algo sobre la humillacion de los soberbios, puesta en parangon, en el himno de la Virgen, con la glorificacion de los humildes.

Los libros de las sagradas Escrituras, que hablan con frecuencia de los soberbios humillados, hablan igualmente de los humildes ensalzados. Jesucristo repite en su Evangelio esta máxima fundamental de su religion; que el orgullo conduce á la humillacion, y la humi-

llacion al ensalzamiento (1); de lo cual ofrece un solemne ejemplo en la parábola del Fariseo y del Publicano.

Las historias sagradas nos lo confirman con hechos luminosísimos. José, hijo de Jacob, reducido á prision con motivo de una calumnia, se humilla en presencia de Dios, y resucita á la vida y á la gloria, habiendo sido propuesto para el supremo mando de Egipto. David, contra el cual se adelantó Goliath, sin otras armas que algunas piedras y una honda, se humilla; y derribado de improviso aquel mónstruo, que con solo su nombre espantaba á las más aguerridas huestes de los Israelitas, alcanza tal triunfo sobre él, que saliendo á su encuentro con timbales y salterios las bellas hijas de Sion y danzando de alegría, cantan: Saul ha vencido á mil enemigos, y David á diez mil.

Cierto, que no siempre se verifica esto en la peregrinacion de nuestro destierro; por el contrario, los humildes de corazon suelen ser más afligidos y perseguidos que los demás hombres; pero esto sucede tan solo, porque Dios se ha reservado el pleno triunfo de su justicia y de su misericordia en la otra vida. No quiero tratar aquí de los honores que, despues de la muerte, Dios suele otorgar á los verdaderos humildes de corazon, juntamente con las bendiciones de los hombres y la admiracion de la tierra. Sé muy bien, que se descubriría á mi vista un campo vastísimo, si dedicase el discurso de hoy á reseñar las fiestas que se celebran acá abajo en honor de los bienaventurados, que, vencedores del mundo, del demonio y de la carne, triunfan ahora eternamente con Dios en el Cielo. Esta gloria, aunque bella y carísima, nada es comparada con aquella de que gozan allá arriba los humildes de corazon admitidos en la morada del Altísimo. Sí; allá arriba participan de una gloria pura, y que no pueden ofuscarla las cruces, los dolores y las tristezas á que estuvieron sometidos en su vida mortal. En la mansion bienaventurada disfrutan de una gloria permanente, puesto que el Cielo, donde moran, no es nunca oscurecido por la menor nubecilla; reina allí una primavera que nunca llega al ardor del estío, un sol que jamás vá al ocaso, galas que nunca se destruyen, riquezas que jamás menguan, delicias sin fin, y cetros no expuestos al azar de la inconstante fortuna. Gozan sus moradores de una gloria verdadera, sin mezcla de imperfecciones propias de los regocijos más fastuosos del mundo. A esta gloria fueron ensalzados un Isidro labrador, un Ampelio artesano, un Martin

(1) Luc. XVIII, 14.

que había sido sastre, un Guido comerciante y un Benito José Labre que era un mendigo y pordiosero. Esto sentado, ¿quién podrá dudar de lo que dijo María, esto es, que Dios ensalza á los humildes?

María, viendo todas estas cosas con su extática mirada, llena su alma de santo júbilo por la ejecucion de la justicia y misericordia divinas, canta: que Dios derribó de sus sólios á los poderosos y ensalzó á los humildes. Ve que Dios escogerá las cosas más inútiles para confundir á los sábios, las cosas más débiles para vencer á los esforzados, y las más innobles y despreciables para destruir á aquellas otras que el mundo considera como las más célebres y más nobles; ve que de nada servirá á Satanás ni á sus secuaces, emplear todos los medios y toda su astucia, para arrastrar á la extraviada y miserable descendencia de Adán hácia las tinieblas del Paganismo, hácia los errores de la heregia, y hácia la corrupcion de las pasiones más ruines; ve que no obstante las guerras de exterminio y de sangre que se suscitarán, guerras de seducciones y de cismas, guerras de persecuciones y de apostasías, la Iglesia, protegida por Dios, será siempre la misma, permanecerá siempre firme y gloriosa; y con frases de admiracion y de gozo celebra la ejecutada justicia del Señor sobre los soberbios y las cumplidas misericordias para con los humildes.

Y ahora, carísimos hermanos míos, si me preguntais, qué provecho debemos sacar de la expuesta doctrina, contestaré: que de ellas hemos de inferir dos cosas de muchísima importancia. La primera es, que María nos invita á cantar en su compañía las justicias y las misericordias del Señor; la segunda, que nos exhorta á evitar la soberbia y á querer la humildad, para no caer bajo el rigor de aquella justicia, y experimentar todas las gracias de la misericordia. De ambas cosas tenemos necesidad; de la primera, para ser fieles á Dios; y de la segunda, para obtener sus beneficios. ¿Dónde encontrar entre nosotros aquellos que escuchan las exhortaciones y siguen los ejemplos de María sobre el particular?

El orgullo, que fué el pecado de Lucifer, es tambien el pecado de la mayor parte de los hombres. En nuestros desgraciados días, son muchos los que, por orgullo, no quieren creer en la divinidad de Jesucristo, no quieren someterse á la infalibilidad de la Iglesia, ni adorar más Dios que á sí mismos; osan erigirse en tribunal para juzgar con el corto alcance de su razon las obras del Señor; y miéntras que todos los ingenios verdaderamente grandes fueron religiosos, intentan crear una ciencia y una literatura directamente opuestas á la Religion.

Pero ¿qué pueden estos esfuerzos sacrilegos contra Aquel, de quien celebrara sus glorias la Santísima Virgen? ¿Qué valen estos altivos conatos contra Aquel, que derriba á los soberbios y ensalza á los humildes? La fé y la experiencia nos aseguran, que en vano el hombre soberbio se levanta contra Dios, el cual derrama la copa de su ira cuando la medida de los pecados está llena. Los soberbios del mundo tendrán tambien un día que repetir aquellas palabras de un profeta: Por haber violado los divinos preceptos, por esto la maldicion divina ha devorado la tierra (1). Miserables gusanillos; ¿podrían reirse en su audacia, cuando el primero y el más noble de los espíritus celestiales fué sepultado por razon de su audacia en los eternos suplicios?

Procuremos, pues, hermanos míos, imitar á María en la humildad, mediante cuya virtud se alcanza la verdadera grandeza, recordando que solo los humildes ocuparán los sáculos que perdieron los ángeles rebeldes. Cantemos tambien nosotros los triunfos de la divina justicia, adorando sus consejos; y evitando los pensamientos y las obras de los poderosos soberbios, celebremos los triunfos de las divinas misericordias, venerando sus ternuras, y haciendo todos los esfuerzos posibles de entendimiento y de corazon para merecerlos. Y al mismo tiempo, admirando á María, sublime en la gloria á que llegó, merced á su humildad y á la baja consideracion que tuvo siempre de sí misma, procuremos poseer esta virtud cuanto nos sea posible, para que un día podamos tener parte en sus grandezas.

(1) Isaías XXIV, 5.

DISCURSO XXVIII.

AMOR Á LA POBREZA.

Esurientes implevit bonis et divites dimisit inanes.

Colmó de bienes á los hambrientos; y á los ricos los despidió sin nada. (Luc. I, 53).

Al querer la Virgen Santísima celebrar el poder divino, lo ve brillar con deslumbrante esplendor cuando humilla la soberbia de los sábios, y abate la osadía de los grandes; y cuando castiga la altanería de los ricos, reduciéndoles á la pobreza. Elevada en extáticas contemplaciones, habla en su himno de los tres modos, con los cuales suele manifestarse el brazo omnipotente de Dios. Dice: que deshace las miras del corazon de los soberbios; y estas palabras se refieren al primer modo, con el cual el Señor muestra que, á su presencia, la orgullosa sabiduría de los hombres es como polvo. Añade: que derriba del sáculo á los poderosos, refiriéndose al segundo modo empleado por el Señor para mostrar, que ante Él de nada sirve la altanería de los potentados del mundo; y concluye diciendo: que á los ricos los despidió sin nada; y aquí habla del tercer modo empleado para demostrar, que á su presencia no tienen ningun valor las riquezas de los opulentos orgullosos. Mas, así como Dios une siempre la misericordia á la justicia, tambien la Virgen, al mismo tiempo que habla de la justicia con la cual humilla á los soberbios, abate á los poderosos y empobrece á los ricos, lo hace, igualmente, de la misericordia con que ensalza á los humildes, glorifica á los pequeños, y enriquece á los pobres que se conforman con su voluntad y observan su santa ley. Ya que en discursos precedentes nos hemos ocupado de la justicia y de la misericordia con relacion á los soberbios y á los humildes, á los poderosos y á los pequeños, voy á hablar ahora de